



Boletín Informativo de la Sección Sindical de CGT en CESA, Getafe

LA LEYENDA DE BUENAVENTURA DURRUTI



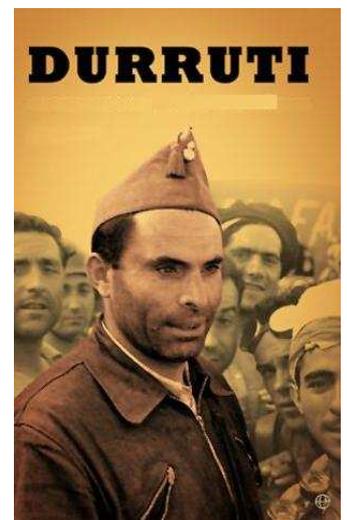
Hoy os traemos la peculiar historia de un personaje que todo trabajador y trabajadora debería conocer. Mucha gente joven quizá nunca haya oído hablar de él, pensara que se trata de una de las muchas leyendas o historias que sucedieron en unos tiempos ya demasiado olvidados. Sin embargo creemos que es importante conocer la historia y tener presente que gracias a luchadores por la libertad como el, tenemos hoy en día muchos de los derechos que disfrutamos.

Buenaventura **Durruti** fue un sindicalista revolucionario, una de las figuras más relevantes del anarquismo español. Nacido el 14 de julio de 1896, en León, hijo de obreros. Su padre fue curtidor y estuvo muy ligado a la lucha del proletariado. En 1903, fue arrestado durante una huelga a favor de la reducción de la jornada laboral a diez horas. Al salir de la cárcel, se empleó como obrero ferroviario. Todo esto, sumado a la miseria que Buenaventura vivió desde pequeño, determinó su vida como revolucionario. En una carta a su hermana Rosa, Buenaventura escribía: **"Desde mi más tierna edad, lo primero que vi a mi alrededor fue el sufrimiento no sólo de nuestra familia sino también de nuestros vecinos. Por intuición, yo ya era un rebelde. Creo que entonces se decidió mi destino"**.

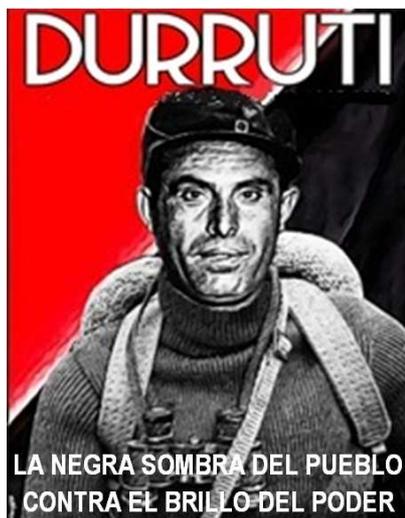
Desde muy joven, se interesó por las lecturas anarquistas. A los doce años dejó de asistir a catecismo y se negó a cumplir con las tradiciones católicas, en una época en que la religión estaba muy arraigada en España. Se afilió al sindicato UGT del que sería expulsado por defender posiciones revolucionarias. Tras la huelga general de agosto de 1917 se vio obligado a exiliarse en Francia. A su regreso a España se afilió a la **Confederación General del Trabajo (CNT)** en Asturias. Ese año cayó preso por primera vez, en medio de la lucha contra la patronal minera de Asturias.

En 1920, con 24 años, ya era un activo militante de la **CNT**. Ese año se trasladó a San Sebastián, donde conoció al compañero Manuel Buenacasa. Así describe Buenacasa a Durruti:

*"Un día se presentó en el sindicato un muchacho alto, fuerte, de ojos alegres, que nos saludó con la simpatía del que saluda a quien conoce de toda la vida. Nos dijo, sin preámbulos y enseñándonos el carnet de la CNT, que acababa de llegar a la capital y que precisaba trabajar. Como en casos similares, nos ocupamos de él, encontrándole trabajo en un taller de mecánica en Rentería. Desde entonces, y con cierta regularidad, después del trabajo solía venir al sindicato. Se sentaba en un rincón, tomaba los periódicos que se amontonaban en una mesa y leía. Apenas intervenía en las discusiones y cuando ya era entrada la noche se retiraba a la posada en la que le habíamos encontrado alojamiento. **Gustaba conversar, pero no disputar. No era terco ni fanático, sino abierto, admitiendo siempre la posibilidad de su error. Tenía la rara virtud, poco común, de saber escuchar, tomando siempre en consideración el argumento del contrario, aceptándolo en las partes que él creía razonables. Su labor sindical era callada, pero muy interesante y activa. Sus intervenciones -como fueron después en los mítines- eran cortas, pero incisivas. Era muy sencillo al expresar su pensamiento. Cuando llamaba al pan pan lo hacía con tanta fuerza y convicción que no había manera de desmentirle"**.*



A partir de ese año, Durruti comenzó a participar en actos de acción directa, dentro de una organización clandestina que se identificó con diferentes nombres: "Crisol", "Los Justicieros", "Los Solidarios" o "Nosotros". No eran una banda terrorista, como los calificaba la prensa amarilla, si no que combatían contra la enorme violencia, prisión, torturas y asesinatos que el poder ejercía impunemente contra el obrero. Los dirigentes sindicales anarquistas eran perseguidos abiertamente. Las bandas de pistoleros a sueldo de la burguesía cazaban a tiros a los obreros en las calles.



La acción directa llevada a cabo por el grupo de Durruti tanto en España como en otros países, formaban parte de una campaña para obtener recursos destinados a los presos y a la lucha política. Obsesionados por la formación y la educación, de sus asaltos salieron fondos para bibliotecas, editoriales y escuelas para los pobres como la de León o la de La Coruña. Durante el asalto a un conde, Durruti consuela a la hija de este aterrorizada y mientras le seca las lágrimas le dice: **"Tu padre tiene mucho dinero y nosotros no tenemos nada, así que nos lo repartimos"**. Este gesto pone de manifiesto el verdadero carácter de estas acciones. Nunca se llevaron ni un peso expropiado a su bolsillo. En el caso de Durruti, son múltiples los testimonios de familiares y conocidos, que coinciden en destacar su modestia económica.

En un nuevo exilio en Francia, donde trabaja como mecánico en la Renault, Durruti conoce a Emilienne Morin, la que sería su compañera toda la vida y junto con la que pelea en el frente de batalla durante la guerra civil. Una fiel compañera que continuó luchando hasta el fin de sus días por las ideas por las que murió Durruti y tantos otros compañeros. De regreso a España, participa activamente en huelgas, mítines y conferencias por todo el territorio español, pasando a veces temporadas en la cárcel. Fueron meses de intensa batalla, persecuciones de película y fugas espectaculares. Sus hazañas y sus nombres pronto se convirtieron en leyenda. Ilya Ehrenburg, escritor no identificado con las ideas anarquistas, que conoció personalmente a Buenaventura y fue amigo suyo desde 1931, escribió sobre él: **"Ningún escritor se hubiera propuesto escribir la historia de su vida; ésta se parecía demasiado a una novela de aventuras... Este obrero metalúrgico había luchado por la revolución desde muy joven"**.

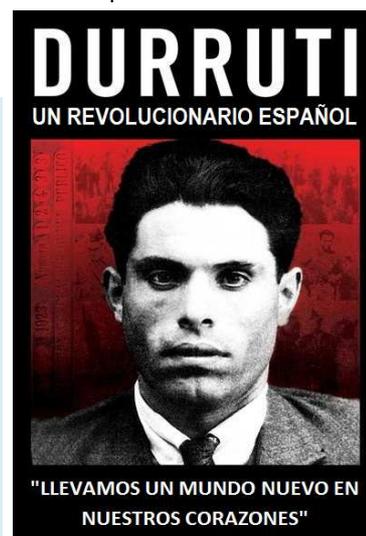
La situación que se vivía en España en los días de la muerte de Durruti era dramática. Con la guerra a punto de perderse y los fascistas a las afueras de Madrid, todos los grupos y partidos políticos le pidieron que se trasladara con algunos de sus hombres a defender Madrid. Si no se salvaba Madrid se desmoronaba el frente y era el fin. En Madrid logro detener el avance fascista, pero el precio fue muy alto. A la una de la tarde del 19 de noviembre de 1936 (en plena Batalla de la Ciudad Universitaria), en la calle Isaac Peral, Durruti es herido mortalmente en el pecho por una bala de extraña procedencia.

La muerte de Durruti fue y sigue siendo en la actualidad. un tema muy controvertido que ha propiciado la aparición de diversas hipótesis. Según la CNT fue una «bala fascista». Otros atribuyen el hecho a los comunistas, incluso hay quien piensa que fueron los mismos anarquistas debido a un enfrentamiento con su propia dirección. Se ha dicho también que fue víctima de unos desertores a quienes el mismo intentaba detener. También se asegura y es una de las hipótesis más probables, que fue un disparo por la espalda, accidental o premeditado, de su ayudante, el Sargento Manzana, que le acompañaba.

Su entierro en Barcelona es descrito de manera impresionante por H.E. Kaminski:

"El cadáver llegó a Barcelona por la noche a la casa de los anarquistas, que antes había sido la sede de la Cámara de Industria y Comercio. La ornamentación era simple. De las paredes colgaban paños rojos y negros, un baldaquín del mismo color, algunos candelabros, flores y coronas. Durruti era un amigo. Tenía muchos amigos. Se había convertido en el ídolo de todo un pueblo. Era muy querido, y de corazón. Todos los allí presentes lamentaban su pérdida y le mostraban afecto. Y sin embargo, aparte de su compañera, una francesa, sólo vi llorar a una persona: una vieja criada que había trabajado en esa casa y que probablemente nunca lo había conocido personalmente. Los demás sentían su muerte como una pérdida atroz e irreparable, pero expresaban sus sentimientos con sencillez. Callarse, quitarse la gorra y apagar los cigarrillos, era para ellos tan extraordinario como santiguarse o echar agua bendita. Miles de personas desfilaron ante el ataúd de Durruti durante la noche. Esperaron bajo la lluvia, en largas filas. Su amigo y líder había muerto. El entierro se llevó a cabo al día siguiente por la mañana.

Desde el principio fue evidente que la bala que había matado a Durruti había alcanzado también el corazón de Barcelona. Se calcula que uno de cada cuatro habitantes de la ciudad había acompañado su féretro, sin contar las masas que flanqueaban las calles, miraban por las ventanas y ocupaban los tejados e incluso los árboles de las Ramblas. Todos los partidos y organizaciones sindicales sin distinción habían convocado a sus miembros. Al lado de las banderas de los anarquistas flameaban sobre la multitud los colores de todos los grupos antifascistas de España. Era un espectáculo grandioso, imponente y extravagante. Nadie había guiado, organizado ni ordenado a esas masas. Nada salía de acuerdo a lo planeado. Reinaba un caos inaudito.



El comienzo del funeral había sido fijado para las diez. Ya una hora antes era imposible acercarse a la casa del Comité Regional Anarquista. Los obreros de todas las fábricas de Barcelona se habían congregado, se entreveraban y se impedían mutuamente el paso. A las diez y media, el ataúd de Durruti, cubierto con una bandera rojinegra, salió de la casa de los anarquistas llevado en hombros. Las masas dieron el último saludo con el puño en alto. Entonaron el himno anarquista "Hijos del pueblo". Se despertó una gran emoción. Las motocicletas rugían, los coches tocaban la bocina, los oficiales de las milicias hacían señales con sus silbatos, y los portadores del féretro no podían avanzar. Los puños seguían en alto. Por último cesó la música, descendieron los puños y se



volvió a escuchar el estruendo de la muchedumbre en cuyo seno, sobre los hombros de sus compañeros, reposaba Durruti. Pasó por lo menos media hora antes que se despejara la calle para que la comitiva pudiera iniciar su marcha. Transcurrieron varias horas hasta que llegó a la plaza Cataluña, situada sólo a unos centenares de metros de allí. Los jinetes del escuadrón se abrieron paso, cada uno por su lado. Los coches cargados de coronas dieron un rodeo por las calles laterales para incorporarse por cualquier parte al cortejo fúnebre. Todos gritaban a más no poder. No, no eran las exequias de un rey, era un sepelio organizado por el pueblo. Nadie daba órdenes, todo ocurría espontáneamente. Reinaba lo imprevisible. Era simplemente un funeral anarquista, y allí residía su majestad. Tenía aspectos extravagantes, pero nunca perdía su grandeza extraña y lúgubre. Los discursos fúnebres se pronunciaron al pie de la columna de Colón, no muy lejos del sitio donde una vez había luchado y caído a su lado el mejor amigo de Durruti. García Oliver, el único sobreviviente de los tres compañeros, habló como amigo, como anarquista y como ministro de Justicia de la República española. Se había dispuesto que la comitiva fúnebre se disolviera después de los discursos. Sólo algunos amigos de Durruti debían acompañar el coche fúnebre al cementerio. Pero este programa no pudo cumplirse. Las masas no se movieron de su sitio; ya habían ocupado el cementerio, y el camino hacia la tumba estaba bloqueado. Era difícil avanzar, pues, para colmo, miles de coronas habían vuelto intransitables las alamedas del cementerio. Caía la noche. Comenzó a llover otra vez. Pronto la lluvia se hizo torrencial y el cementerio se convirtió en un pantano donde se ahogaban las coronas. A último momento se decidió postergar el sepelio. Los portadores del féretro regresaron de la tumba y condujeron su carga a la capilla ardiente. Durruti fue enterrado al día siguiente".



Ropa interior para una muda, dos pistolas, unas gafas de sol y unos prismáticos. Eso es todo lo que dejó al morir uno de los nombres más sonoros del Siglo XX en España. Eso y su lucha, su entrega, su pasión. La leyenda de un hombre único, que está por encima de su biografía y habla de un héroe proletario, de un bandolero, de un Cristo rojo, de un Espartaco, cuya controvertida muerte acrecienta el mito. Un mito que nos debe servir de ejemplo. **No dejemos desmoronarse su sueño de crear el mundo nuevo que todos llevamos en nuestros corazones.**

"Somos los que hemos construido las casas y los palacios. Podemos volver a hacerlo. Estamos destinados a heredar la Tierra". Estas palabras suenan ingenuas, pero en su día arrastraron a miles de personas de toda España. Y quien las decía era un hombre con fe ciega, el incorruptible, el puro entre los puros, capaz de sacrificarlo todo, hasta su vida, por una idea. Una vida excepcional y un movimiento único, con sus luces y sus sombras, que bien merecen recordarse.



Esperamos que os hayan resultado interesantes estos apuntes biográficos de este incansable luchador. Una historia que nos debe hacer pensar que la lucha para llegar a donde hoy estamos y a disfrutar de lo que disfrutamos fue dura. Si personajes como Buenaventura Durruti y otros muchos (de los que hablaremos en próximos capítulos) vieran como dejamos escapar lo que a ellos costó la vida, no se sentirían muy orgullosos de nosotros.

AFILIATE
TU LUCHA Y TU APOYO NOS HARÁN MAS FUERTES
SIEMPRE UNIDOS CGT-CESA